

“co-instrucción”, si no se acepta la “co-educación”.

Ahora, toda labor educadora, sea en la familia, sea en la escuela, es infructuosa, si no se dirige a cada niño individualmente. Si entre niños de un mismo sexo hay diferencias sustanciales en su disposición natural, tanto más las debe haber entre niños de sexos distintos, si—como solamente el snobismo morboso de esta vuelta de siglos puede dudarlo—hombre y mujer son dos seres bien diferentes, fisiológica, moral e intelectualmente.

El empeño de los feministas de ambos sexos en negar la trascendencia de las distinciones sexuales a los terrenos moral e intelectual, el enfermizo esfuerzo de pretender la igualdad en todo sentido, equivale, en verdad, al reconocimiento de la inferioridad del sexo: es desconocer que su aparente inferioridad en ciertos detalles es al menos compensada con la superioridad en muchos otros. Y mientras el hombre (genéricamente hablando, no el macho) sea ante todo de constitución animal; mientras su existencia misma, como especie, dependa de la procreación sobre la base sexual, tenemos que aceptar los inconvenientes inherentes a la bisexualidad. Esta bise-